Viaje por los airés

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 16

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00044.16

Control Number: ADT-5720
OCLC Number : 29733151
Call Number : W 381.568 H629 v.4 VIAJ
Title : Viaje por los airés, ó sea, Aventuras de tres Ingleses en Africa : obra compendiada de las cinco semanas en globo del célebre Julio Verne / por un amigo de la propaganda literaria.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: RT

68

(TRES PLIEGOS.)



VIAJE POR LOS AIRES,

ó SEA

AVENTURAS DE TRES INGLESES EN AFRICA.

Obra compendiada de las CINCO SEMANAS EN GLOBO del célebre Julio Verne, por un amigo de la propaganda literaria.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.



VIAJE POR LOS AIRES,

Ó SEA

AVENTURAS DE TRES INGLESES EN ÁFRICA.

CAPITULO PRIMERO.

Proyectos.—Los dos amigos y el criado.—Camino de Zanzibar.

Mediaba el mes de Enero de 1862, cuando una noticia comunicada por el telégrafo y mas tarde por los periódicos puso en espectativa al mundo científico, pues se trataba de obtener á un mismo tiempo la solucion de dos problemas, hasta entonces ambos considerados por irrealizables; en efecto, la esploracion del interior del Africa y la navegacion aérea habian sido empresas causantes de la muerte de mas de cuatro mártires de la ciencia de los descubrimientos. De aquí que la proposicion presentada por el presidente de la Real Sociedad Geográfica de Lóndres, en la sesion del 14 del citado mes, hubiese causado tan honda sensacion: el honorable presidente hizo presente á la respetable asamblea que por el doctor Samuel Fergusson se trataba de atravesar el Africa en Globo y unir los descubrimientos de los infinitos sábios, que tomando por punto de partida la parte Este ó la Oeste no habian podido, sin embargo, atravesar el corazon de esa todavía misteriosa parte del mundo.

Idea tan estraordinaria y atrevida encontró fácil acogida entre los sabios ingleses, entusiastas admiradores de las ideas escéntricas y estraordinarias; sin embargo, esta no debió parecerles tan despabellada cuando en el acto se abrió una suscricion para ayuda de la empresa, y en menos de una semana llegaron á reunirse 2.500 libras, equivalentes á unos 12 mil duros.

Muchos mecánicos propusieron al célebre doctor sus sistemas y métodes para dar direccion á los globos; pero él ninguno aceptaba, é igual éxito obtenian los animosos que le proponian acompañarle en su espedicion: ya que del doctor hablamos, será bien decir cuatro palabras sobre él.

Samuel Fergusson, era un hombre de cuarenta años, de estatura regular y complexion sanguínea; su juventud la habia pasado al lado de su padre, bravo capitan de la marina inglesa, acostumbrándose de este modo á los peligros y situaciones mas comprometidas, esto no impidió, sino que contribuyó mucho á

que el jóven Samuel cobrase una aficion decidida á los estudios y descubrimientos geográficos. Al morir su padre, nuestro héroe tenía 22 años, y tanto para calmar su sentimiento, cuanto para satisfacer su sed de descubrimientos y aventuras, se alistó en un cuerpo de ingenieros; en la milicia adquirió la amistad de otro jóven llamado Dick Kennedy, con quien á pesar de la diferencia de constitucion y caractéres, simpatizó desde luego, uniéndolos para en lo sucesivo una amistad inalterable y verdadera. Fergusson, retirado pronto del servicio, solo se ocupó de exploraciones, atravesando la península indiana desde Calcutta á Surate; visitó ademas la Australia, con la mayor parte de la Oceanía, y despues las regiones mas septentrionales, costeando el continente americano, desde el estrecho de Behring al cabo Farewel, estrecho de Davis y bahía de Hudson.

En todas estas espediciones iba acompañado de un fiel criado, Juan Wilson, persona escelente y adicto por completo á su amo, cuyos deseos adivinaba, ejecutando sus órdenes con el mayor acierto; á estas preciosas condiciones reunia una agilidad estraordinaria, siendo para él un verdadero juego saltar, trepar y ejecutar los ejercicios mas peligrosos de cualquier volatinero; en cuanto á natacion muchos cetáceos envidiarian su agilidad, y por último, ponia el sello á todas estas preciosas cualidades un alcance de vista maravilloso. No es pues estraño que el doctor pensase desde luego hacer de su amigo Dick y de su criado Juan los dos compañeros de sus aventuras; en cuanto á éste no opuso obstáculo alguno, ni mucho menos dudó ni un momento ser fácil la realizacion de la empresa: tanta era la fé que su amo le inspiraba.

Kennedy estaba fuera cuando Samuel dió á luz su proyecto; mas en el instante que lo supo volvió á Lóndres y se encaminó en derechura casa de su amigo.—¿Es cierto lo que dice este periódico? le preguntó, enseñándole uno en el que aparecia la noticia con todos sus detalles.—Sí, Dick, ¿de qué te sorprendes? Veo que se adelanta poco en los descubrimientos y quiero llevar á cabo una empresa digna del siglo en que vivimos: por lo tanto prevente, porque antes de cuatro meses iremos á visitar esa region tan misteriosa, y te aseguro, por quien soy, que para nosotros dejará de serlo, pues hemos de escudriñar á nuestro sabor sus mas ignoradas regiones.—Pero ¡desgraciado! contestó Kennedy, hablas de esponer tu existencia tan sériamente que cualquiera creeria que era cosa decidida; mas bien puedes suponer que mi vuelta tan apresurada solo tiene por objeto impedirte llevar á efecto tal idea: en cuanto á mí, ni por asomo deseo terminar mi vida de un modo tan trágico.—No te canses, Dick, que es cosa resuelta; por lo demás en vez de ser esto causa de tu muerte, será mas bien ocasion de que te eleves á un puesto que muchos codician, pues son infinitas las instancias que he tenido que desatender; por otra parte, es imposible consientas quedarte cuando sepas que vamos á atravesar los paises de la caza mas estraordinaria y abundante: desde luego te aseguro que por delante de tu carabina han de pasar los animales mas raros y bellos de la creacion.

Seducido Dick por tan encantadora perspectiva y mucho mas por no dejar solo á su amigo, cesó en sus objeciones y dejó hacer cuanto Samuel propuso. Los trabajos adelantaban rápidamente, encontrándose el 10 de Febrero el globo balanceándose graciosamente sobre la barquilla y dispuesto á desempeñar su comision.

Por mas que algunos de nuestros lectores no estén muy al corriente en las artes mecánicas, será bien detenernos un poco en ciertos pormenores.

Fergusson mandó construir dos globos de desigual tamaño y encerrado uno dentro de otro; el globo exterior tenia de diámetro horizontal cincuenta piés, y el vertical setenta y cinco, resultando un esferoide de 90 mil piés cúbicos: den-

tro de este habia otro mas pequeño que solo tenia cuarenta y cinco piés de diámetro horizontal y sesenta y ocho de vertical; en capacidad interior 67 mil piés cúbicos; desde un globo al otro se abria una válvula, que, en caso de necesidad, los ponia en comunicacion Con este medio, en el caso de rotura ó cualquier accidente al globo exterior, les quedaba el pequeño, con el que no era difícil restablecer el equilibrio. Ambas capacidades se henchirian de gas hidrógeno que es catorce veces y media mas lig o que el aire, es decir, que dicha diferencia es lo que constituiria la fuerza ascensional del globo. Segun un cálculo aproximado, el globo debia levantar un peso de cuatro mil libras representadas por los siguientes objetos: Peso de Fergusson 135 libras; de Kennedy 153; Juan 120; ambos globos, la barquilla y red 1440; instrumentos, ropas, armas y menudencias 190; víveres 386; agua 400; aparato para manejar el globo y lastre 1.176. Total 4.000 libras.

Estando todo dispuesto solo faltaba celebrar la despedida, y efectivamente así se hizo el dia 20, costeando la Real Sociedad Geográfica una gran comida en honor de Fergusson y Kennedy; menudearon los brindis en gracia de los espedicionarios, y á los postres llegó un mensaje de la reina cumplimentándolos. Concluido el banquete pasaron al *Resolute*, buque de vapor que el gobierno tuvo la galantería de ofrecer para conducirles á Zanzibar, y en donde el dia antes habian sido colocados el globo y los demas accesorios.

Al dia siguiente, á las tres de la mañana, se levó el ancla, é impulsado por su hélice, el *Resolute* se deslizó hácia la embocadura del Támesis. Las buenas condiciones de la navegacion hacian augurar el feliz éxito de la empresa; como es de suponer, las conversaciones que se sostenian á bordo todas versaban sobre este asunto, deseando los oficiales del buque conocer los planes del doctor y por qué éste tenia tal seguridad de buen éxito. Fergusson se prestó á satisfacer tan justa curiosidad usando de la palabra en estos ó parecidos términos:

Casi todas las espediciones aerostáticas han fracasado á causa de la ineficacia de los medios empleados para la locomocion; por lo tanto yo, prescindo de alas ni hélices y me propongo emplear el aire para caminar, y el calórico para elevarme y descender á voluntad. Con la mitad del globo lleno de gas tiene la suficiente potencia para elevarse y arrastrar las cuatro mil libras de peso que debe llevar. Por medio de un calorífero alimentado con gas oxígeno é hidrógeno, que me proporciono descomponiendo el agua por medio de una pila de Buntzen, elevo la temperatura del interior del globo; y como que al aumentar el calórico el gas se dilata aumentando de volúmen, esto hace que se desaloje aire atmosférico; de modo, que por cada diez grados mas de calórico el hidrógeno del globo se dilatará sesenta y dos metros cúbicos próximamente, y la fuerza ascensional del aparato aumentará ciento sesenta libras. Esto equivale á arrojar el mismo peso de lastre, y en esta proporcion puedo á mi placer elevarme ó descender solo con avivar ó amortiguar la luz del mechero que da vida al calorífero.

En cuanto á la direccion que llevará el globo, será indudablemente, salvo cualquier accidente pasajero, de Este á Oeste, pues trato de aprovechar los vientos alíseos, que son los que reinan siempre en la zona tórrida con la dicha direccion; además que pudiendo elevarme á voluntad, es fácil buscar en otra region mas ó menos elevada un viento que marque la direccion conveniente.

El objeto del viaje no es otro que comprobar la certeza de las relaciones que respecto al Africa nos han dado los viajeros que nos han precedido; solo que con nuestro método adelantaremos mas que ellos, sin tener que sufrir ninguna de sus penalidades.

De esta manera terminó su discurso el doctor, mereciendo la aprobacion del auditorio. Nada se le podia objetar, todo lo habia previsto y resuelto.

CAPÍTULO II.

Los preparativos.—Nombre alegórico del globo.—Primeros dias de navegacion.—Los hijos de la Luna.

Viento constantemente favorable apresuró la marcha del *Resolute* que ancló en el puerto de la ciudad é isla de Zanzibar el 15 de Abril á las once de la mañana, é inmediatamente se procedió al desembarco; mas al enterarse la poblacion de que habia llegado un cristiano que trataba de elevarse por los aires, su ciego fanatismo les sugirió la idea de que se trataba de algun proyecto sacrílego y quiso oponerse á la ejecucion. Enterado el cónsul de estas disposiciones, conferenció con el doctor y el comandante del buque; éste no queria dejarse intimidar; mas Samuel le atrajo á la razon, indicándole que aunque por sí nada temiesen, era muy fácil que el globo recibiera cualquier rasguño, y comprometiera la expedicion; por lo tanto, escogieron para desembarco una isla desierta fuera del puerto. En ella se procedió al henchimiento del globo, operacion que exigió los mayores cuidados y que fué ejecutada con felicidad; despues colocaron en la barquilla la tienda, ropas, armas, instrumentos y víveres necesarios. Sacos de tierra sustituyeron con exceso el peso de los viajeros que pasaron en tierra con sus compatriotas la noche del 17 al 18 de Abril. A las nueve de la mañana entraron los tres viajeros en la barquilla, despues de haber abrazado con efusion á los bravos marinos que los habian acompañado; el doctor encendió el mechero abriendo toda la llave para que produjera intensa llama; á los pocos minutos, el globo que se mantenia en perfecto equilibrio, empezó á levantarse. Los marinos dejaron correr las cuerdas, con que provisionalmente habia sido sujeto, y la barquilla se elevó á veinte piés del suelo.

—Amigos mios, exclamó el doctor colocado entre sus dos compañeros, y quitándose el sombrero; demos á nuestro buque aéreo un nombre de buen agüero; llamémosle *El Victoria.*

Un hurra formidable respondió á sus palabras.

En aquel momento la fuerza ascendente del globo aumentó prodigiosamente. Fergusson, Kennedy y Juan dirigieron el último adios á sus amigos, y á una seña del doctor, sueltas del todo las cuerdas, el *Victoria* se elevó rápidamente, mientras que los cuatro cañones del *Resolute* disparaban en su honor.

El ambiente era puro y el viento moderado; el *Victoria* subió casi perpendicularmente á mil quinientos pies de altura; allí encontró una corriente mas marcada que los llevó hácia el Sudoeste. Magnífico espectáculo se desarrollaba á los ojos de los viajeros; los campos presentaban diferentes matices; ramille-

tes de árboles indicaban los bosques; los habitantes de la isla parecian insectos; los hurras y los gritos se estinguian poco á poco en la atmósfera.

—¡Qué magnífico espectáculo! exclamó Juan; pero nadie le contestó. El doctor observaba las inflexiones del buque que iba á dirigir, y Kennedy miraba sin tener bastantes ojos para ver; muy pronto se encontraron á 2.500 piés, y habiéndose fijado el aire con mas firmeza, Samuel dejó el mechero á media llama, con lo que, sin descender el *Victoria*, avanzaba rápidamente.

Repuestos de las emociones de la partida y algo serenos, entablaron conversacion espresando cada cual lo grato que les era aquella situacion. Juan, sobre todo, estaba loco de contento; verdad es que él se tenia por demasiado dichoso con hacer lo que su amo deseaba; esto no obstante su estómago le recordó que no habian comido nada desde la tarde antes, y por lo tanto propuso pensar en el desayuno, cuya idea fué aceptada por unanimidad. En un instante sirvió Juan el almuerzo, compuesto de galleta y sendos trozos de carne en conserva, seguido de buenas tazas de café, confeccionado por el inimitable Juan, á la luz del mechero.

Saciado el apetito volvieron las esclamaciones sobre la comodidad y buen gusto del globo: ¡Al diablo las diligencias! decia uno.—¡Y los vapores! añadia el otro.—¡Y las locomotoras! replicaba Kennedy.—¡Qué espectáculo!—¡Qué admiracion!—¡Esto es soñar en hamaca!

A caso hecho, Samuel amortiguó el mechero hasta que estuvieron á unos quinientos pies del suelo, del que distinguian perfectamente todos los accidentes del territorio que atravesaban. Pasaban sobre campos cultivados de maíz, tabaco, centeno y arroz; carneros y cabras veíanse dentro de grandes jaulas formadas sobre postes, para librar á las reses de la rapacidad de las fieras.

El paso del *Victoria* sobre las aldeas, era causa de infinita algazara, de gritos y exclamaciones, y algunos llevaban su atrevimiento á lanzar flechas y aun á disparar sus espingardas; verdad es que el doctor procuraba mantenerse á una distancia respetuosa, pues de otra manera el globo no dejaba de ofrecer un buen blanco para una bala.

Al medio dia, consultado el mapa, reconocieron se encontraban sobre la aldea de Tunda: en sus alrededores habia unos magníficos árboles, que llamaron estraordinariamente la atencion de Juan: son boabales, les dijo el doctor; allí hay uno cuyo tronco tendrá cien pies de circunferencia. Tal vez al pié de ese árbol fué donde pereció el viajero Maizan en 1845; el jefe de esta comarca le cogió, le ató al pié de un boabal y le cortó lentamente las articulaciones, despues le taladró la garganta y por último le arrancó la cabeza al desgraciado antes de que estuviese completamente cortada. Aquel infortunado era francés y tenía veintisiete años; Francia reclamó justicia del Saíd de Zanzibar, mas el asesino no se pudo encontrar.

—Subamos, señor, dijo Juan, no nos atrapen esos animales, y con mas motivo si hemos de salvar el monte aquel, á donde el aire nos lleva rectamente.—Subiremos, dijo el doctor, pues á la opuesta caida de aquella eminencia trato de pasar la noche.

En efecto, á las siete de la tarde pasaban sobre la cumbre del monte Duthumí, para lo cual tuvieron que alcanzar una elevacion de mas de tres mil piés. Al descender á la vertiente opuesta dejaron colgar las anclas, y encontrando una de ellas las ramas de un enorme nopal, quedó perfectamente enganchada. Juan se deslizó por la cuerda y la aseguró mejor, despues le arrojaron la escala de seda por la que trepó ágilmente. Midiendo sobre el mapa calcularon haber

andado aquel dia unas cincuenta leguas. Dividieron la noche en tres guardias para que velase uno por su turno, y despues de haber cenado se envolvieron en las mantas y trataron de dormir.

La noche se pasó bien: pero á la mañana siguiente Kennedy tenia calentura; Samuel no tomó por ello cuidado, y ordenó á Juan bajar á desenganchar el ancla; hecho esto elevó la temperatura y prometió á Dick que iba á darle un medicamento que lo pondria bueno al momento; efectivamente, apenas subieron algunos centenares de pies, saliendo de aquella atmósfera malsana, y cuando el sol con sus rayos les dió alegría y calor, la fiebre desapareció como por encanto, de lo que el paciente y Juan quedaron no poco maravillados. —¡Excelente medicamento! exclamó Juan.—Hago lo que los médicos de Europa, repuso el doctor; le mudo de aires, y sus resultados ya los habeis visto.

El globo marchaba á regular velocidad, cuando al cabo de un rato llegaron á un claro donde no se distinguia ni aun señales de habitacion, aunque habia bastante frondosidad: el doctor propuso á sus compañeros detenerse y probar fortuna en la caza, mientras que él arreglaba sus notas de viaje. Aprobado el pensamiento dejaron colgadas las anclas, que bien pronto hicieron presa en las ramas de un gran sicomoro. El doctor encargó á sus amigos mucha prudencia mientras estuvieron en tierra, al paso que ellos le recomendaron no se echase á volar.

A la media hora de marcha, penetraron Dick y Juan en un bosque de gomeros, llevando el dedo en el gatillo y atenta la vista.—¡Qué agradable es andar! dijo Juan, al tiempo que daba un soberbio tropezon; mas Kennedy le hizo señas de que callara, pues por un claro acababa de ver un rebaño de diez antílopes bebiendo agua en un torrente; aquellos graciosos animales presentian el peligro y levantaban la cabeza, aspirando el aire del lado de los cazadores. Kennedy rodeó un bosquecillo, logrando ponerse á tiro y disparó. El rebaño desapareció instantáneamente menos una res que cayó muerta. Los cazadores no se precipitaron á ella, alegrándose infinito al examinar tan buena presa; su piel era de color azul claro, el vientre gris, y el interior de las patas blanco como la nieve. Le desollaron con presteza y con los solomillos hicieron un magnífico asado; en el interin dijo Juan: ¡Qué bonita cara pondriamos si al ir á buscar al señor Fergusson hubiese volado el globo!—Poco probable es tu idea, pues ademas de Samuel ser incapaz de abandonarnos, maneja el *Victoria* con una facilidad admirable.—Pues, sin embargo, no sé qué secreto presentimiento me anuncia una desgracia.—Vuelve el asado, Juan, y dejémonos de suposiciones poco probables.

En aquel momento sonó un tiro del lado donde estaba el globo; inmediatamente recogieron la carne del antílope y emprendieron la marcha hácia el *Victoria,* cuando á poco rato sonó otro disparo. Precipitadamente llegaron al lindero del bosque desde donde distinguieron el globo sobre el árbol; mas por su tronco trepaban una veintena de negros, ó que tal parecian, por lo que consideraron perdido á Samuel; sin embargo, se preparaban á atacarlos, cuando Fergusson haciendo otro disparo echó á rodar uno de aquellos individuos; mas nuestros amigos se quedaron no poco admirados al ver que se quedó suspendido de una rama, con los brazos y las piernas colgando. Entonces conocieron que solo tenian que habérselas con una turba de monos enormes, los que ahuyentaron con unos cuantos disparos. En un instante se vieron dentro del *Victoria,* que desenganchada el ancla se elevó en el aire, é impulsado por un viento regular se dirigió hacia el Este.

Celebraron no poco el lance pasado y se propusieron ser mas cautos en adelante. Comieron á satisfaccion carne fresca de antílope, y continuaron su viaje sin accidente notable hasta las dos de la tarde, que llegaron á la populosa ciudad de Kazeh. En dos dias de camino habian andado unas doscientas leguas. El capitan Burton tardó cuatro meses y medio en llegar allá.

Mucha algazara y bullicio habia en las plazas de este importante mercado; mas al aproximarse el *Victoria*, todo se calló como por encanto, desapareciendo instantáneamente hombres, mujeres, niños, esclavos y mercaderes; Juan hubiera deseado descender y apropiarse de lo mas útil; pero el doctor le dijo que aquel temor pasajero duraria poco, por lo que no convenia mucho el fiarse de las apariencias. En efecto, á poco rato fueron distinguiéndose las cabezas de los mas curiosos, y bien pronto toda la poblacion se dejó ver: los magos ó adivinos se distinguian por los amuletos de que iban adornados; el mas anciano de ellos hizo seña á la multitud que se calló al momento, y él dirigió á los del globo un largo discurso del que Samuel entendió que el rey de aquella tribu estaba enfermo, y que creyendo el pueblo que el globo era la luna, la suplicaban mandase uno de sus hijos á visitarlo. Contra la opinion de Dick, decidió Samuel acceder á la demanda, advirtiéndoles, empero, que cuidasen del globo, teniendo el mechero en actividad, para estar prontos á huir en caso necesario.

Serian las tres de la tarde cuando Fergusson, en medio de los mas altos dignatarios del reino, se dirigia á la barraca-palacio, en donde yacia sumido en una eterna borrachera un negro enorme, de aspecto súcio y repugnante. Los favoritos y las mujeres de S. M. estuvieron inclinados y arrodillados mientras duró esta visita. Con algunas gotas de un cordial muy activo el doctor reanimó un poco aquel cuerpo embrutecido; el sultan hizo un movimiento enérgico, cuyo síntoma fué acogido con una algarabía de gritos en honor del médico. El doctor les hizo un ceremonioso cumplido, y salió del palacio dirigiéndose hácia el *Victoria*.

Entre tanto, Juan, sentado al pié de la escala, recibia con pasmosa gravedad los homenajes que la admirada multitud prodigaba á uno de los hijos predilectos de la luna; despues formaron una danza en la que tambien tomaron parte las jóvenes africanas; á este espectáculo no pudo resistir nuestro amigo y se mezcló tambien en la contradanza. En esto Dick que estaba de centinela en la barquilla le dió la voz de alarma; suspende Juan su baile y observa que Samuel venia poco menos que huyendo delante de una turba de fanáticos y adivinos que departian acaloradamente haciendo gestos nada tranquilizadores. El doctor llegó al pié de la escala, que subió rápidamente, siguiéndole Juan con agilidad. —No trates de detenerte á desenganchar el ancla; cortaremos la cuerda; pronto, dijo el doctor.—Pero ¿qué sucede? preguntó Juan, escalando la barquilla. —Mirad, respondió Fergusson señalando al horizonte.

La luna, como un globo de fuego se levantaba majestuosa, lo cual dió ocasion á que la multitud cambiase las adoraciones en amenazas. Conocian que se les escapaba su presa, y aumentaban los gritos de furor; uno de los santones subió al árbol con ánimo de tirar de la luna y echarla al suelo; mas al trepar por las ramas se rompió la que sostenia el ancla, que al desengancharse cogió al mago por entre las piernas y lo elevó á mas de quinientos pies del primer tiron. El negro estaba agarrado á la cuerda con extraordinaria energía, y el globo continuaba subiendo, al paso que la multitud se aterró al ver uno de sus magos suspendido en el espacio. Un ligero viento de Oeste arrastró al globo lejos de la ciudad, y media hora despues, habiendo disminuido Samuel la llama del me-

chero, se aproximó á tierra; al llegar á unos veinte pies del suelo el negro se lanzó á tierra, cayendo en pié, y echando á correr en seguida hácia Kazeh, mientras que, súbitamente aligerado el *Victoria*, se elevaba de nuevo.

CAPÍTULO III.

La tormenta.—Muerte de un elefante.—Paso del Ecuador.—Las fuentes del Nilo.—Combate de dos tribus.

Hay un refran español que afirma que el que se viste de prestado en la calle lo desnudan; y esto fué lo que sucedió á nuestros aventureros por adoptar un carácter que no era el suyo.

Mientras comentaban alegremente el pasado lance, el cielo se iba cargando hácia el N. de nubes siniestras y pesadas. Un viento bastante vivo arrastraba al *Victoria* con una velocidad de treinta y cinco millas por hora. Poco á poco fué estableciéndose un silencio sepulcral; la atmósfera parecia acolchada y la naturaleza entera presentaba síntomas de un cataclismo próximo.

De repente un relámpago violento rasgó las sombras, seguido de un espantoso trueno.—¡Alerta! gritó Fergusson. Kennedy y Juan, alarmados ya, se pusieron al lado del doctor.—¿Bajamos? dijo Kennedy.— No, el globo no resistiria. Subámos antes que esas nubes se conviertan en agua y el viento se desencadene; esto dijo Samuel activando la llama del mechero. Un segundo relámpago rasgó las nubes, seguido de otros muchos continuados y repetidos. El viento se desencadenaba con una violencia horrible, dividiendo las nubes incandescentes; diriase que era un inmenso ventilador activando un incendio.

El doctor tenía el mechero á toda llama; el globo se dilataba y subia á pesar de los relámpagos que dibujaban inflamadas tangentes en su derredor; estaban en pleno fuego.—Que Dios nos asista, dijo Samuel; nuestra vida está en sus manos y solo él puede salvarnos. La voz del doctor apenas llegaba á los oidos de sus compañeros, en medio de los truenos y exhalaciones; pero el *Victoria* subia siempre, encontrándose al cabo de un cuarto de hora fuera de la zona tempestuosa, y por bajo de él continuaban las exhalaciones eléctricas como si fuera una vasta corona de fuegos artificiales que colgara de la barquilla. El doctor consultó al barómetro que dió doce mil de elevacion.

A las cuatro de la mañana el sol se elevó y disipó las nubes, al par que un viento agradable refrescó la atmósfera; el globo, corriendo bordadas, apenas se habia inclinado á ningun lado, el doctor le hizo descender á unos mil piés, donde encontró una corriente que con mediana velocidad les condujo al Noroeste. Antes de mucho los viajeros se hallaron en el límite de una inmensa pradera natural, sin que en toda ella se descubriese vestigio alguno de habitacion; determinaron bajar á tierra para proveerse de agua y caza, y al efecto dejaron

las anclas colgando, que rozaban las altas yerbas, trazando un surco semejante á la estela de un buque.

De pronto el globo se detuvo por haber sin duda mordido el ancla en algun objeto oculto bajo las yerbas: yá se preparaban á descender, cuando un grito agudo resonó en el aire y el *Victoria* se puso en marcha arrastrado por el bicho á que el ancla habia agarrado. Avanzaban con cierta rapidez, y pronto llegaron á un claro donde se dejó ver un magnífico elefante con el ancla del *Victoria* sujeta á uno de sus largos colmillos. Intentaba con la trompa desembarazarse de aquel lazo. Tomó un galope rápido, dando fuertes sacudidas á la barquilla en su trote. El doctor con un hacha en la mano estaba dispuesto á cortar la cuerda si habia necesidad, interin que Dick preparaba su certera carabina: la primera bala disparada contra el cráneo se aplastó como sobre una plancha de hierro; este golpe solo sirvió para hacerle acelerar el paso; las balas cónicas tampoco le detuvieron; pero la situacion apremiaba, pues á unas cien toesas daba principio un bosque en cuyas ramas no tardaria el globo en hacerse pedazos; mas Kennedy le dirigió un balazo á un ojo, en un momento que levantó la cabeza. El golpe fué decisivo; el animal se detuvo, vaciló, sus rodillas se doblaron y presentó el flanco al cazador. En aquella postura fué fácil dirigirle una bala al corazon, que puso fin á la desesperacion y agonía del mónstruo.

Con sumo placer se aproximaron al elefante y trataron sacar el mejor partido de tan notable caza; al efecto le cortó Juan la trompa, que tendria unos diez piés de ancha en su nacimiento; escogió lo mas delicado de ella, y en union de uno de sus piés la envolvió en yerbas aromáticas, colocándolo todo en el fondo de un horno préviamente caldeado; sobre la carne formó una segunda fogata, quemada la cual el asado estaba en toda sazon. Entretando Dick se habia internado en el bosque próximo haciendo repetidos disparos, y al cabo de dos horas volvió con un rosario de gordas perdices y las dos piernas traseras de un antílope.

La comida, sobre un magnífico césped, estuvo deliciosa y amenizada con galleta, aguardiente, café y agua fresca y clara de un arroyo próximo. La tarde concluyó sin novedad, y la noche determinaron pasarla en tierra.

A las cinco de la mañana siguiente se emprendió la partida, llevándolos una fuerte brisa en direccion al Ecuador, cuya línea atravesaron á las once de la mañana; por manera que al anunciar el doctor que entraban en el hemisferio boreal, estuvo muy oportuna la ocurrencia de Juan proponiendo que tan grato suceso se festejase con un vaso de ron.

El viento continuaba del Este con una velocidad de treinta millas por hora, por lo que se encontraron muy pronto sobre el lago Nyanza, presumible depósito de las aguas del Nilo; varias son las islas que en este lago se encuentran, y una es tan considerable que está gobernada por tres sultanes. Habiéndose dirigido el *Victoria* hácia el Oeste, les dijo Samuel:—Dentro de poco veremos el fundamento de los relatos que suponen que este gran lago engendra el Nilo; pues tardaremos poco en llegar á la parte mas occidental donde necesariamente debe estar el principio de él.

Efectivamente, antes de dos horas llegaron á la estremidad del lago, pasando sobre los elevados picos de altas montañas; pero entre ellas, y por una garganta profunda y sinuosa, escapaba un agitado rio.—Ved, amigos mios, esclamó el doctor; los relatos de los árabes eran exactos: hablaban de un rio por donde este lago, que ellos llaman Ukéréoué, derramaba sus aguas hácia el Norte. Se ese hilo de agua que huye bajo nuestros pies, vá á confundirse con las olas del Mediterráneo. ¡Es el Nilo! ¡Hurrah por el Nilo!

—¡Viva el Nilo! esclamaron á una Kennedy y Juan, á quienes el entusiasmo de Samuel se les habia comunicado grandemente; el globo marchaba á viento moderado.

De pronto llegaron al oido de los viajeros gritos y silbidos; inclinaronse sobre la barquilla y vieron un espectáculo conmovedor: dos tribus se batian encarnizadamente lanzándose nubes de flechas: el número de combatientes podria llegar á trescientos, y la mayor parte estaban llenos de sangre y heridas, ofreciendo repugnante aspecto.

Al aparecer el globo detuviéronse un poco, pero redoblando su furor lanzaron algunas flechas al *Victoria*, llegando tan cerca de la barquilla que Juan pudo coger una al vuelo.

Samuel avivó el mechero, consiguiendo ponerse fuera del alcance de aquellos energúmenos, que volvieron á la pelea con nuevo encarnizamiento; pusieron en juego las hachas y zagayas, cortando la cabeza al enemigo que caia; las mujeres, dignas compañeras de aquellos caníbales, recogian tales trofeos, usando tambien las uñas y dientes por disputarse tan triste botin.

—¡Terrible escena! dijo Kennedy.—¡Valientes canallas! esclamó Juan.—Ganas tengo de intervenir en el combate, repuso el cazador empuñando la carabina.—No hagas tal, respondió vivamente el doctor; ¿quién sabe de parte de quien estará la razon?

Entre tanto, el jefe de uno de los bandos hacia horrible carniceria entre sus contrarios. Hubo un momento en que hacha en mano se precipitó sobre un enemigo, cuyo brazo cortó de un solo golpe, lo cogió y empezó á comérselo.

—¡Ah! dijo Kennedy. ¡No puedo mas! y disparó. Herido el guerrero de un balazo en la frente, cayó de espaldas.

—Busquemos en lo alto una corriente que nos aleje de aquí, dijo el doctor. Pero no se alejó tan pronto que no vieran á la tribu vencedora precipitarse sobre muertos y heridos, disputarse la carne palpitante, y devorarla con avidez.

Cuando llegó la noche soltaron el ancla, que enganchó á un árbol muy elevado, y rendidos de tantas emociones, despues de un viaje de doscientas millas, se quedaron profundamente dormidos.

CAPITULO IV

Salvacion de un prisionero.—El mártir.—La sepultura de aire.—Tortura de la sed.

No habia mucho que nuestros amigos estaban durmiendo, cuando Fergusson creyó percibir un silbido prolongado; se incorporó, escuchó atentamente, y con auxilio del anteojo de noche trató de penetrar la profunda oscuridad que ha-

bia. Mucha fué su inquietud al creer que distinguia varias sombras agitándose y departiendo silenciosamente; despertó á sus compañeros y les comunicó sus temores, por lo que se levantaron al instante, decidiendo Kennedy y Juan bajar al árbol para observar mas de cerca lo que pudiera ocurrir. En efecto, provistos de sus carabinas y rewolvers, se deslizaron por la escala, logrando descansar en las gruesas ramas de aquel bosque de una pieza.

No hacia mucho que estaban observando, cuando vieron aparecer dos cabezas á nivel de las ramas donde descansaban.—Son negros, dijo Juan.—Sin otros muchos que se sienten, aunque no se ven, observó Kennedy; pero cazemos á estos: ¡atencion! ¡Fuego! Dos disparos resonaron apagándose en medio de gritos de dolor; pero en medio de los alaridos una voz humana gritó en francés estas palabras: ¡A mi, á mi!

Kennedy y Juan volvieron á la barquilla lo mas pronto posible; Fergusson tambien habia oido aquel lamento, y en su vista determinaron aclarar aquel misterio, y dar socorro al que parecia necesitarlo. Al efecto, convinieron que para salvar al prisionero bastaria descender con el globo hasta el suelo, dispersar los salvajes á balazos y apoderarse de él sin dificultad; para ascender, bastaria arrojar las doscientas libras que llevaban de lastre, peso mas que suficiente al del francés, que por lo regular estaria estenuado. Parecióles buena la idea, aunque faltaba que allanar algunas dificultades, no siendo la menor la falta de luz; pero con hombres del temple de nuestro doctor, poco importan los mayores obstáculos.

Por lo pronto juntó los manos en forma de bocina, y con toda su fuerza gritó en francés: ¡Tened confianza! ¡pronto os socorreremos! Despues ordenó á sus compañeros preparar bien las armas, y que estuviesen prontos, Kennedy para apoderarse del prisionero, y Juan para espantar á los salvajes; los sacos del lastre los colocaron en el borde de la barquilla; entre tanto Samuel tomó de su saco de viaje dos pedazos cónicos de carbon y aplicándolos á los conductores de la pila eléctrica, tomó un estremo en cada mano y aproximó las puntas.

Deslumbradora luz de irresistible brillo brotó instantáneamente entre las dos puntas de carbon, y un inmenso haz de luz eléctrica disipó la oscuridad de la noche.

Fergusson proyectó en diferentes direcciones su poderoso rayo de luz, deteniéndole en un sitio en que oyeron voces de espanto. El paisaje que se descubria era el siguiente: entre dos praderas de sésamo y cañas de azúcar se veian unas cincuenta grutas, en derredor de los cuales hormigueaba una tribu numerosa; junto á un poste yacia un hombre de raza europea, como de treinta años, largos cabellos, medio desnudo, lleno de heridas y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Los negros al ver el globo quedaron aterrados; el prisionero levantó la cabeza, brillaron sus ojos con rápida esperanza, y sin comprender bien lo que ocurria, tendió las manos hácia sus inesperados salvadores.—¡Vive! ¡Vive! esclamó Fergusson. ¡Le salvaremos! Juan, apaga el mechero. Esta órden fué ejecutada en el acto.

Imperceptible brisa llevaba al *Victoria* sobre el prisionero, sin dejar de descender, efecto del enfriamiento y contraccion del gas; el doctor dirigia á la horda los rayos de luz, y sobrecogidos los negros de terror desaparecieron en sus cabañas, dejando solo al prisionero. No pudiendo permanecer en pié el sacerdote, pues tal era su estado, estaba de rodillas y suelto, porque su debilidad hacia inútiles las ligaduras.

En el momento en que el globo tocaba al suelo, el cazador cogió al sacerdote por debajo de los brazos y lo colocó en la barquilla, al mismo tiempo que Juan arrojaba fuera las doscientas libras de lastre, pero el globo solo se elevó tres ó cuatro pies y permaneció inmóvil. Un negro, mas audaz que sus compañeros, se habia cogido á la barquilla, impidiendo así que el globo ascendiera.—¡Aligerad! ¡Aligerad! gritó el doctor, ¡pronto! ¡el agua!

Juan, comprendiendo el pensamiento de su amo, arrojó una caja llena de agua que no bajaria de ciento cincuenta libras. Libre el *Victoria* de aquel peso dió un salto de trescientos pies, en medio de los rugidos de la tribu, que veia escapar el prisionero, y arrebatarles uno de sus jefes; pero no siendo este tan buen ginete como el de Kazeh, perdió el equilibrio y fué á estrellarse contra el suelo. Entonces dió otro salto el globo subiendo á mas de mil pies. El doctor separó los dos hilos eléctricos, volviendo á reinar igual oscuridad, hasta que colocados los conductores en el calorífero se encendió el mechero.

El francés abrió los ojos.—Estais en salvo, le dijo el doctor.

—¡Salvado! murmuró con triste sonrisa; gracias, hermanos mios; pero me quedan pocas horas de vida. Al decir esto se desmayó. Se muere, exclamó Dick. No, respondió Fergusson; pero está muy débil. Inmediatamente acostaron sobre las mantas aquel pobre cuerpo cubierto de cicatrices y de recientes heridas. El doctor se las lavó, y vendó con un pañuelo, haciendo esto con la habilidad de un médico; despues bajó los lienzos de la tienda, dejándolo reposar tranquilamente.

Magnífica fué la siguiente aurora; el sol derramando torrentes de brillante luz saludó á nuestros amigos, que gozosos velaban el tranquilo descansar del rescatado: únicamente el doctor abrigaba algunos recelos en vista de la aridez que en lontananza se descubria, puesto que no distaban mucho de los interminables desiertos, donde de todo punto falta el agua y la vegetacion. Estas meditaciones fueron interrumpidas por un triste quejido que salió de la tienda.

Los tres amigos acudieron inmediatamente, teniendo el gusto de encontrarse al sacerdote algun tanto mejorado, gracias al descanso y á la pureza del ambiente; nuestros viajeros le dirigieron palabras de consuelo, mostrando tambien deseos de saber los acontecimientos que le habian traido á tal estado: entonces el enfermo les contó que era francés, de la Bretaña; á los veinte años entró en la órden de Sacerdotes misioneros, marchando á poco tiempo al Africa en busca de almas para el cielo. Seis años estuvo catequizando las diversos tribus, donde su estrella y las circunstancias le llevaron, y las mas veces sufriendo el trato mas cruel; últimamente, habiendo muerto el jefe del pais donde se hallaba, le culparon de aquella desgracia y trataban hacérsela pagar arrebatándole la vida. Pero la Providencia dispuso mandar en su socorro á nuestros viajeros la noche antes del sacrificio, aunque á decir verdad este estaba medio consumado, pues hacia cuarenta horas le estaban martirizando. Concluyó el relato de sus aventuras, dando á Dios infinitas gracias por haberle dejado estrechar manos amigas antes de partir al otro mundo.

Poco anduvieron aquel dia, cifrando todos los cuidados en atender al enfermo, cuya postracion iba en aumento. Al principio de la noche, (que fué esplendida, como todas las de ese pais donde nunca llueve) el misionero llamó á sus amigos con voz débil.—Voy á morir, les dijo, ¡que el Dios de las misericordias os lleve á tranquilo puerto! ¡El os pague mi deuda de agradecimiento!—Eso será un desmayo, no morireis, le dijo Kennedy.—La muerte se adelanta, la siento; repuso el misionero, ¡ponedme de rodillas, os lo ruego! El cazador le levantó, viendo en la pesadez de su cuerpo un síntoma fatal. Fergusson le pulsó

y dijo:—Poco sufrirá ya; su muerte será un sueño tranquilo. Entretanto el moribundo murmuraba:—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened piedad de mí!

Su rostro se iluminó, en medio del camino del cielo, al que se elevaba como en milagrosa ascension, parecia que ya gozaba de vida sobrenatural. Su último movimiento fué una bendicion suprema para sus amigos de un dia, cayendo á seguida en brazos de Kennedy, cuyo rostro surcaban gruesas lágrimas.

—¡Ha muerto! dijo el doctor acercándose á él. ¡Ha muerto!

Y los tres amigos cayeron de rodillas orando en silencio.

Cumplieron con el cadáver del mártir los últimos deberes que la caridad exige, y decidieron bajar y depositarlo en aquella tierra, regada con su sangre.

Las once de la mañana serian cuando el globo tocaba en el suelo; los viajeros pusieron en la barquilla piedras mas que suficientes á la equivalencia de su peso, y procedieron á seguida á abrir la sepultura.

Las cualidades mineralógicas de los guijarros llamaron la atencion del doctor tan profundamente que sus compañeros lo advirtieron y le preguntaron la causa.—Pienso, respondió Samuel, en los estraños contrastes de este mundo; sabed, pues, que este sacerdote que habia hecho voto de pobreza, descansa sobre una mina de oro.—¡Sobre una mina de oro! esclamaron Kennedy y Juan. —Sí, amigos mios, esas piedras que mirais con tanta indiferencia son minerales de la mayor pureza; no se registrarian mucho sus hendiduras sin encontrar grandes pepitas. Juan se precipitó como un loco sobre aquellos guijarros, diciendo que puesto que la fortuna los habia favorecido, no dejaria pasar aquella ocasion sin aprovecharla.

En vano su amo le hacia ver que el objeto del viaje era científico, y no especulativo; nada le convencia, y fué preciso dejarlo colocar en la barquilla cuanto mineral quiso. Samuel le dejaba hacer, y cuando hubo concluido les preguntó: ¿Marchamos?—Andando, dijo Kennedy. Entraron en la barquilla y el doctor encendió el mechero, hinchándose el globo á poco rato; pero los viajeros no ascendian.—¿Se ha discolado el aparato? preguntó Juan: parece que no subimos.—¿Y cómo hemos de ascender? replicó el doctor; necesitamos nada mas que doscientas libras de lastre y habrás acumulado mas de mil quinientas.

Imposible seria pintar los estremos del sirviente por tener que desprenderse de aquel cuarzo que sin duda alguna representaba una fabulosa cantidad; su amo, para en parte consolarlo, le dijo:—He tomado con toda exactitud la situacion de estos parajes, resultando que se encuentra á 22° 23' de longitud, y á los 4° 55' de latitud septentrional; si á nuestra llegada á Europa lo quieres, puedes organizar otra espedicion terrestre y apoderarte de estas riquezas.

Ya en el aire, continuó el doctor:—Otra cosa y no la falta de ese oro debe entristecernos; el desierto está á la puerta y nuestra provision de agua es bien escasa; si la Providencia no hace un milagro en nuestro obsequio, sufriremos la mas horrible de las muertes. Por lo pronto economicemos el gasto de tan precioso líquido, suframos la sed todo lo posible, con tal de que tengamos para alimentar el mechero y trasladarnos á otras regiones.

Y efectivamente, se pusieron á una muy corta racion de agua, á pesar de lo cual contaban con provisiones para solo tres dias; mas lo peor era que para el calor tropical que sufrian eran menos que suficientes las cortas gotas del agua recalentada de que podian disponer, por lo que principiaron á sufrir la tortura de la sed, aunque mayores tormentos les aguardaban, pues como decimos, solo habian empezado á sufrir.

CAPÍTULO V.

Las últimas gotas de agua.—Conato de suicidio.—El Simoun.—El Oasis.—Aventuras en Kernak.—El Lago Tchad.—Batalla extraordinaria.—Sacrificio heróico.

Cuatro dias pasaron los viajeros con la escasa provision de agua que reservaron á la salvacion del mártir, aguardando confiadamente que el viento los trasladase á regiones mas benignas; pero al cabo de este tiempo los encontramos con solo una media botella de agua, el mechero estinguiéndose, y trasportados al interior de ese mar de arena que se llama desierto africano. El viento decaia poco á poco, y no pudiendo funcionar el calorífero por la falta de agua, era de temer, si se prolongaba la calma, que falleciesen en aquellos apartados parajes.

Samuel soportaba con admirable paciencia el doble tormento de la sed y el calor; pero sus compañeros y Kennedy sobre todo, efecto de su robustez, padecian mas atrozmente tan prolongado tormento. Para alivio de penas el mechero se estinguió al cesar el último soplo de viento, y el *Victoria* descendió perpendicularmente descansando su barquilla en aquel suelo movedizo.

A los dos dias de esta calma forzosa, Juan fué acometido por un principio de locura. Aquel desierto de arena le parecia un inmenso estanque de aguas cristalinas, y mas de una vez se arrojó sobre aquel suelo abrasador como para beber, levantándose con la boca llena de polvo.—¡Maldicion! esclamaba. ¡Es agua salada! Mientras Fergusson y Kennedy yacian sin movimiento, el pobre jóven sucumbió á la tentacion de consumir las gotas de agua reservadas, se dirigió hácia la barquilla, cubrió con una codiciosa mirada la botella y convulsivamente la acercó á sus labios.

En aquel momento oyó muy cerca una voz desgarradora que decia:—¡A beber, á beber! Era Kennedy que se arrastraba hácia él, estendiendo las manos en ademan suplicante y llorando. Juan, llorando tambien, le alargó la botella y el infeliz apuró hasta la última gota de su contenido.

¿Qué pasó durante aquella terrible noche? Se ignora. Por la mañana, bajo los rayos de fuego que despedia el sol, los desgraciados sintieron que sus miembros empezaban á abrasarse. Juan se quiso levantar, pero no pudo; dirigió una mirada en derredor y vió al doctor en la barquilla con los brazos cruzados mirando fijamente con espresion de idiotismo un punto imaginario en el espacio. Kennedy ofrecia un aspecto horrible, meneando la cabeza á derecha é izquierda como una fiera encerrada; de repente sus ojos se fijaron en la carabina que asomaba por el borde de la barquilla.

—¡Ah! esclamó, y se arrojó sobre el arma cuyo cañon introdujo en su boca.—¡Señor! ¡señor! gritó Juan precipitándose sobre él.—¡Vete de aquí! ¡Déjame ó te mato! gritó colérico el escocés; pero Juan se abrazó á él pugnando por quitarle el arma: esta cayó al suelo disparándose con el golpe.

A la detonacion, el doctor se puso en pié, sus ojos se animaron y estendiendo una mano hácia el horizonte esclamó con voz estentórea:—¡Allá! ¡allá abajo!

Juan y Kennedy miraron al sitio indicado; lo que vieron les aterró. La llanura

se agitaba como el mar en un dia de tempestad. Una tromba imponente venia del Este con estremada rapidez. Un rayo de esperanza brilló en los ojos del doctor: —¡El Simoun! esclamó. —¡El Simoun! repitió Juan sin comprender qué fuese. —¡Tanto mejor! añadió Kennedy, asi moriremos pronto. —¡Tanto mejor, repuso Fergusson; porque asi nos salvamos! Y se puso á echar fuera con rapidez la arena que en equivalencia al peso de los viajeros habian depositado en la barquilla; sus compañeros le ayudaron con igual ahinco, y bien pronto el globo principió á elevarse: un enorme pedazo de mineral que arrojaron fué suficiente para que el *Victoria* se colocara por encima de la tromba, que llegaba con la rapidez del rayo; pero envuelto en un inmenso desalojamiento de aire fué arrastrado con una velocidad incalculable por encima de aquel espantoso mar.

A las tres cesó la tormenta: la arena al caer formaba numerosas colinas. El *Victoria* paró su carrera á la vista de un oásis que parecia una isla salida de la superficie de aquel Oceano.

—¡El agua! ¡el agua está allí! esclamó el doctor, é hizo descender el globo, que tocó en tierra á doscientos pasos del salvador asilo.

En cuatro horas los viajeros habian franqueado un espacio de doscientas cuarenta millas (100 leguas).

Colocaron bastante arena en la barquilla y saltaron á tierra. Avanzaron hácia los árboles y penetraron bajo la fresca enramada, que les anunciaba abundantes manantiales; pero no habian andado mucho cuando divisaron bajo una palmera un enorme leon de negras crines: la fiera dió un rugido horrible y se puso en guardia. Mas nuestro cazador le encaró con su certera carabina, y disparó al mismo tiempo que el rey de los bosques daba un salto, el cual no pudo terminar, pues una bala le atravesó el corazon y cayó muerto.

Llegaron por fin al borde de un pozo cuyos húmedos peldaños descendieron, é inclinándose ante un fresco manantial sumergieron en él sus labios con avidez: por un rato no se oyó mas que el ruido que producian al beber. —Cuidado, señor Dick, dijo Juan respirando: no abusemos; pero Dick, sin responder, seguia bebiendo. Despues sumergió las manos y la cabeza en aquella agua bienhechora. —¿Y el señor Fergusson? preguntó Juan. Esta palabra hizo volver en sí á Kennedy: llenó una botella, que á prevencion llevaba, y volvieron á salir del pozo.

Fergusson apuró la botella de un solo trago y los tres amigos dieron fervorosas gracias á la Providencia, que los habia salvado tan milagrosamente.

Tres dias pasaron los atrevidos viajeros en aquel delicioso paraje, y no lo hubieran abandonado tan pronto si el Simoun, soplando de nuevo, no les hiciera alargarse, so pena de que el globo fuese destrozado y ellos sepultados vivos; pero al emprender la marcha las cajas estaban repletas de provisiones sólidas y líquidas, contando por consiguiente para muchos dias á racion completa.

Desde el momento de su partida los viajeros marcharon con gran rapidez, y ansiaban abandonar aquel desierto que tan funesto les habia sido. El país se iba accidentando por momentos, presintiéndose la proximidad de terrenos feraces: una hora despues divisaron algunos árboles y un terreno menos llano, menos desnudo. —Advertid, amigos mios, que estamos en país conocido, dijo el doctor: nos dirigimos en línea recta hacia el reino de Loggoum, y acaso hacia Kernah, su capital: en ella murió el pobre Toole, joven inglés, que apenas contaba 22 años; á esta comarca se la puede llamar el cementerio de los europeos, pues son infinitos los que han sido sacrificados; sentiré que la calma nos sorprenda en estos parajes, y el viento tiende á disminuir.

Poco despues les advirtió Juan la presencia de la ciudad, al paso que el viento habia cesado totalmente: el doctor amortiguó el mechero y no tardaron en estar inmóviles á 200 pies del suelo. La capital del Logdum se presentaba á la vista como un plano desarrollado, era una verdadera ciudad con calles largas tiradas á cordel y plazas espaciosas; se notaba gran movimiento en sus mercados y talleres. La presencia del *Victoria* produjo, primero gritos, despues profunda estupefaccion; los viajeros se aprovecharon de ella y descendieron hasta sesenta piés del suelo.

No tardó en presentarse el cheik ó gobernador, rodeado de su córte y precedido de la música: llegado bajo del *Victoria* impuso silencio y dirigió un discurso del que nuestros amigos no entendieron ni una palabra; en el lenguaje de sus gestos reconoció Samuel que se les invitaba á irse, y no hubieran deseado cosa mejor; pero como no soplaba viento les era imposible.

Esta inmovilidad exasperó al gobernador, y dictó varias órdenes á sus cortesanos: no tardaron en aparecer los arcos y flechas, y hasta el cheik se armó de un mosquete; pero el doctor avivó el mechero y el globo se puso fuera del alcance de las flechas: Kennedy de un balazo desarmó al cheik, á cuyo suceso cada cual huyó por donde pudo, ocultándose á la vista de nuestros viajeros.

Llegó la noche; el viento continuaba en calma, y el *Victoria*, inmóvil á trescientos piés de altura; reinaba profunda oscuridad y silencio, sin que por esto los tres amigos descuidaran la vigilancia; y tuvieron razon, pues á media noche toda la ciudad pareció como incendiada. Centenares de rayos de fuego se cruzaban como cohetes formando una verdadera red de líneas luminosas; al mismo tiempo se armó un gran estruendo de gritos y disparos de mosquetes.

Los habitantes habian lanzado contra el *Victoria* millares de palomas, que llevaban sujetas á la cola materias inflamables y espantándose con los gritos y disparos subian hácia el globo trazando en el aire un zig-zags de fuego. Las palomas rodeaban ya la barquilla y el globo, cuando el doctor, arrojando unos cuantos pedazos de cuarzo, se puso fuera del alcance de aquellas peligrosas aves.

Durante dos horas se las vió revolotear en medio de la oscuridad de la noche. Cerca de las tres de la mañana, impulsados por un fuerte Noroeste, abandonaron aquellos parajes.

Grande era la confianza que Samuel tenia en su buque, habiéndole demostrado la esperiencia lo acertado de sus cálculos, cuando, á pesar de las tormentas, terribles huracanes y ardientes soles se mantenia sujeto á las leyes mecánicas que rigieron á su construccion; y sin embargo, un secreto presentimiento le inquietaba, por lo cual no cesaba de recomendarle la prudencia á sus compañeros.

Los viajeros seguian en aquel momento la corriente del Shari, cuyas encantadoras riberas desaparecian bajo la sombra de frondosos árboles. Cerca de las nueve de la mañana llegó el *Victoria* á la orilla meridional del lago Tchad.

Este lago, ó mejor dicho mar interior, tiene bastantes islas y algunas pobladas de los salvajes mas sanguinarios y feroces; sus aguas son poco potables y los muchos pantanos que hay en sus riberas y en las islas en él enclavadas hacen que haya frecuentes hundimientos y que varíe su forma incesantemente.

Muchas ganas le pasaban á Dick de enviar una bala á los hipopótamos y otros anfibios enormes que se divisaban; pero el doctor le disuadió haciéndole ver lo inútil de su obra. Mirando en aquel momento al horizonte, dijo Juan:— Me parece que si la banda de buitres que allá abajo diviso se nos acerca, no se

opondrá mi amo á que les mandemos una bala. Samuel tomó el anteojo y despues de mirar atentamente respondió:—¡Ojalá no se acercaran á nosotros esas aves! son condores, Juan, y de los mas grandes; si nos atacan...—Nos defenderemos, Samuel; tenemos un arsenal para recibirlas, repuso Kennedy.

Diez minutos despues, la banda estaba á tiro; los catorce buitres lanzaban roncos gritos, avanzando hácia el *Victoria* con mas irritacion que miedo.

—En verdad que tienen terrible aspecto, dijo el cazador.

Los condores volaban describiendo inmensos círculos que cada vez se estrechaban mas en derredor del *Victoria*. Inquieto el doctor resolvió elevarse para escapar á los alados enemigos; pero los condores subieron á la par sin querer abandonarlos; permanecian á corta distancia, viéndose perfectamente su desnudo cuello, su cartilaginosa cresta que enderezaban con furor; su cuerpo tendria mas de tres piés de longitud.—Nos siguen, dijo el doctor al verlos elevarse con el globo; estar prevenidos por si es necesario espantarlos.

En aquel momento uno de los buitres se lanzó en línea recta hácia el *Victoria*, con el pico y las garras abiertas.—¡Fuego! ¡Fuego! gritó el doctor.

Apenas pronunciada esta palabra, cuando, herido de muerte el buitre, cayó dando vueltas por el espacio. Kennedy de un segundo balazo cortó el cuello al mas cercano, y Juan rompió un ala á otro: los restantes cambiaron de táctica, elevándose sobre el *Victoria*. Samuel, á pesar de su energía, palideció. Hubo un momento de terrible silencio; despues se oyó un ruido estridente como de seda desgarrada, y la barquilla se hundió bajo los piés de los aeronautas.

—¡Estamos perdidos! exclamó Fergusson, ¡á fuera el lastre! ¡pronto! ¡pronto! En pocos segundos habian desaparecido todos los pedazos de cuarzo. Fergusson miró por el borde de la barquilla; el lago parecia subir hácia ellos; los objetos agrandaban por instantes; la barquilla apenas distaba doscientos piés de la superficie del lago.—¡Fuera las provisiones! ¡el agua! ¡pronto! Al punto fué ejecutado. ¡Que caemos aún! ¡aligerad!

—Ya no hay nada, dijo Kennedy.—¡Si tal! respondió lacónicamente Juan, y haciendo la señal de la cruz, saltó de la barquilla.

—¡Juan! ¡Juan! esclamaron á una sus amigos; pero Juan no podia oirles. Aligerado el *Victoria* recobró su marcha ascensional, subiendo á mil pies de altura, y el viento, hinchando la desgarrada envoltura, le arrastró hácia las costas septentrionales del lago.

CAPITULO VI.

El nuevo Victoria.—Pesquisas inútiles.—Salvado al vuelo.

Despues de un viaje de sesenta millas descendió el *Victoria* en una parte desierta de la costa septentrional; las anclas engancharon en un árbol, y el cazador las sujetó fuertemente. Ni Fergusson ni Kennedy durmieron un momento durante aquella noche. Al dia siguiente empezaron el trabajo de restablecer el equilibrio: para ello arrancaron á pedazos el tupido tafetan del globo exterior, teniendo que sacarlo á largas tiras por entre las mallas de la red que le envolvia; en esta operacion tardaron unas cuatro horas, y terminada, se vió que el globo interior estaba al parecer intacto.

Mientras Samuel se ocupaba en inspeccionar y arreglar los objetos que habia

en la barquilla, Kennedy tomó su carabina y entró en el próximo bosque, dando á conocer las frecuentes detonaciones que su caza era fructuosa.

La fuerza ascensional del nuevo *Victoria* era de unas tres mil libras; el peso del aparato, barquilla, viajeros, provisiones de agua, caza y demas útiles sumaban dos mil ochocientos treinta libras; podian, pues, llevar ciento setenta libras de lastre para los casos imprevistos; se reemplazó el peso de Juan con un suplemento de lastre, quedando todo dispuesto aquel dia, y en disposicion de buscar á Juan en el inmediato.

A las siete de la mañana desataron el ancla del arbol y dilatado el gas se elevó el *Victoria* á doscientos pies en la atmósfera. Al principio vaciló girando sobre sí mismo; pero impulsado en seguida por una fuerte brisa, avanzó sobre el lago con una velocidad de veinticinco millas por hora.

El doctor lo mantuvo constantemente á unos doscientos pies de altura; Kennedy disparó repetidas veces su carabina al pasar sobre las islas del lago, examinando cuidadosamente los bosques y las aldeas, todos los sitios, en fin, donde pudiera ocultarse su compañero —No vemos nada, dijo Kennedy despues de dos horas de pesquisas inútiles.—Esperemos, Dick, y no perdamos el ánimo; lo que mas me alarma es el viento Norte cada vez mas fuerte; á continuar así, antes de mucho estarémos en los desiertos donde tanto hemos padecido.—Opino nos elevemos algo; tal vez hallemos viento distinto en regiones mas altas. Lo hicieron así, y á unos tres mil piés de altura, les cojió una corriente del Este, impulsándoles en nueva direccion.

Tres dias continuaron de este modo, juguetes del viento; pero cruzando el lago en todas direcciones, aunque sin encontrar rastro alguno del infortunado Juan. El viento se fijó del Sur y los amigos resolvieron abandonarse á él, reservándose para mas adelante hacer las pesquisas necesarias.

Tristes reflexiones ocupaban el ánimo de los viajeros, cuando creyeron oir alaridos y gritos á alguna distancia de ellos. Tomó Kennedy el anteojo, y á cosa de mil pasos distinguió un grupo de arabes á caballo persiguiendo, al parecer, á un europeo: el corazon le palpitó violentamente y comunicó á Samuel sus congeturas de que seria Juan el perseguido, poniéndose ambos á observar con mas cuidado lo que acontecia.

El simpático Juan, pues tal era el fugitivo, habia divisado el *Victoria*, y saludado de lejos á sus amigos; el arabe que mas de cerca lo tenia le apuntó con una flecha, y le hubiera disparado, si el diestro Kennedy, de un balazo, no lo impidiera; rodó el arabe, y su caballo pasó tan cerca de Juan que éste pudo montar de un salto en él, y seguir así su carrera con mas ventaja. Sus perseguidores, que vieron caer á un compañero, se pararon algo a ver de dónde venia aquel nuevo enemigo; entre tanto adelantaba Juan su carrera caminando en la misma direccion que llevaba el globo.

Kennedy arrojó la escala y Samuel hizo descender el globo á treinta pies del suelo; despues gritó:—¡Juan, prepárate! A este grito Juan se volvió sin detener el caballo; la escala llegó á él se cogió á ella y en el mismo instante arrojó Dick ciento cincuenta libras de lastre.

Aligerado el *Victoria* de un peso superior al de Juan, se elevó á doscientos pies en el aire.

Juan se cogió fuertemente á la escala, y haciendo un gesto de burla á los arabes trepó con la agilidad de un mono hasta caer en brazos de sus compañeros.

Los arabes lanzaron un grito de sorpresa y rabia viendo que les arrebataban al vuelo al fugitivo, y que el *Victoria* se alejaba rápidamente.

CAPITULO VII.

Historia de Juan.—Decadencia del Victoria.—Rápida travesia.—Paso de una montaña.

—¡Amo mio! ¡Señor Dick! fueron las primeras palabras del rescatado cuando entró en la barquilla; y sucumbiendo á la emocion y á la fatiga, cayó desmayado mientras que gritaba Kennedy:—¡Salvado! ¡Salvado!—¡Pardiez! dijo el doctor con pastosa calma.

Juan estaba casi desnudo; las heridas de sus brazos y cuerpo manifestaban sus sufrimientos. Su amo le curó y acostó bajo la tienda. Dos dias tardó en restablecerse y descansar completamente; entonces le permitió Samuel referir sus aventuras, haciéndolo él en éstos términos:

Grande fué mi alegria cuando al salir del zampucon dirigí la vista al cielo y ví el *Victoria* elevarse rápidamente y marchar con viento moderado; me puse á nadar con vigor para ganar una isla próxima, estaba á pocas brazas de ella cuando sentí nadar tras de mí, y casi al mismo tiempo me asieron por los brazos; vuelvo la vista y me encuentro entre dos negros muy negros, que desde entonces me llevaron á remolque hácia la isla. Unas cien personas de todos sexos y edades me recibieron, dando muestras de gran alegría y habiéndome mil arrumacos; no me mostré esquivo y creo que gané algo; me sirvieron una confortable comida de arroz, grasa y leche, que acepté gustoso. Cuando llegó la noche me encerraron en una barraca de cañizo y barro, ignorando yo la suerte que me reservaban.

Mas de media noche seria cuando desperté sobresaltado nadando en agua, y sin comprender de dónde viniese; la marea subia por momentos; dí un fuerte golpe á un costado de la barraca y me encontré en pleno lago; la isla y sus habitantes habian sido sumergidos. Me puse á nadar sin direccion alguna, y tuve la suerte de á los pocos momentos encontrar una barca abandonada; entré en ella, y remando al acaso cuando fué de dia estaba próximo á la costa; desembarqué prontamente y tierra adentro marché errante todo el dia, sin ver á nadie y comiendo algunas raices; al dia siguiente y dos mas llevé la misma vida. ¡Cuanto eché de ménos el guisote del dia primero! Por otro lado las espinas y mosquitos martirizaban mi desnudo cuerpo cuanto no es decible, llegando por la noche á tener que enterrarme en la arena para librarme de su voracidad. Un dia marchaba á la ventura, cuando dí de manos á boca con una horda de negros, que se ocupaban en envenenar sus flechas. Inmóvil y conteniendo la respiracion, me mantuve oculto entre unos matorrales, cuando levantando los ojos ví al *Victoria* que se dirigia al lago á cien pies sobre mi cabeza.

Las lágrimas brotaron de agradecimiento al ver que no me tenian ustedes olvidado. Cuando partieron los negros, salí de los matorrales y corrí hácia el Tchad; pero en aquel momento se perdia el *Victoria* á lo lejos; mi corazon desfalleció, creyéndome perdido para siempre. Pasé la noche no sé dónde. A otro dia, caí como un necio en un campamento de árabes. ¡Ay qué cacería! señor Kennedy, ningun cazador sabe lo que es cazar como no haya sido pieza él mismo. Entonces ví al globo, y ya sabeis lo demas.

Grandes alabanzas y norabuenas recibió Juan por su heróico comportamiento;

despues recayó la conversacion en el buen acuerdo de construir dos globos concéntricos, á lo cual dijo Samuel:—Teneis razon, amigos mios; solo que no estoy completamente satisfecho del nuevo *Victoria*. Sea porque el tafetan haya sufrido mucho, ó porque la guttapercha se haya fundido por el calor del mechero, he advertido que se pierde cierta cantidad de gas; el globo tiende á bajar, y para sostenerlo á la altura en que estamos me veo precisado á aumentar la dilatacion del hidrógeno. La cosa no tiene remedio, y por ello haremos bien en apresurarnos, no haciendo ni las paradas de noche.

En aquel momento, como si el viento quisiera ayudar las intenciones de los viajeros, principió á soplar de Levante con aspecto huracanado, sin decaer un momento por espacio de cinco dias; en esta rápida travesía dejaron atrás los 20 grados que median entre el Tchad y la cuenca del Niger, es decir, 400 leguas.

El 23 de Mayo calmó el viento á las nueve de la mañana y el país se presentó bajo un nuevo aspecto: las estensas llanuras se iban cambiando en colinas que hacian presagiar próximas montañas.—Si no me engaño, dijo Kennedy, se divisa una cordillera bastante elevada.—Sí, contestó Samuel, es la cordillera que separa la cuenca del Niger de la del Senegal; pero temo que el globo no pueda franquearlas, pues cada vez va descendiendo mas. Descender aquí es imposible, pues los árabes de esta region son los mas crueles y sanguinarios; en último estremo sacrificaremos cuanto no sea absolutamente indispensable.

En tal concepto arrojaron la tienda, las cajas del agua y de las provisiones y las mantas; pero aunque ascendió algo, le dominaban las crestas de las montañas en mas de doscientos pies.—¡Que nos acercamos! gritó Juan. La situacion era espantosa: el *Victoria* corria con suma rapidez y quedaria destrozado; Juan cogió algunos sacos de municiones y los arrojó; el globo subió á mas altura que la de la peligrosa cima; su polo superior se iluminó con los rayos del sol; pero la barquilla se encontraba aun mas baja que los últimos peñascos contra los que iba á romperse inevitablemente.—¡Kennedy! ¡Kennedy! arroja tus armas, ó estamos perdidos, gritó el doctor.—¡Esperad, señor Kennedy! dijo Juan, y volviéndose el cazador, le vió desaparecer de la barquilla.—¡Juan! ¡Juan! gritó. —¡Desgraciado! esclamó el doctor.

La meseta de la montaña tenia en aquel sitio unos veinte pies de estension: la barquilla llegó á la meseta y pasó rozando los guijarros.—¡Pasamos! ¡pasamos! ¡hemos pasado! esclamó una voz que hizo palpitar el corazon del doctor. El intrépido jóven se mantenia cogido á la barquilla y corria sobre la cumbre de la montaña, aligerando el globo de este modo. Cuando llegó á la vertiente opuesta y ante él se presentó el abismo, con vigoroso esfuerzo se cogió á las cuerdas y subió al lado de sus compañeros.—¡Valiente Juan! dijo el doctor con efusion.—Usted me favorece, contestó el muchacho.

CAPITULO VIII.

Ataque inesperado.—El monte salvador.—El aire caliente.—Muerte del Victoria.—Conclusion.

El *Victoria* empezó de nuevo á bajar y pronto se encontró á doscientos pies del suelo; la noche llegó rápidamente, por lo que determinó el doctor soltar un ancla, que á poco quedó agarrada á un frondoso sicomoro. Hallábanse en aquel

enfrente á quinientas millas del Senegal. Aunque no habian visto habitantes determinaron vigilar con el mayor cuidado, dividiendo la noche en tres guardias.

Kennedy estaba de vigilante, cuando sin apercibirse de ello y al arrullo de la dulce brisa que corria, se quedó tranquilamente dormido; pero no pasó mucho de este modo, siendo despertado al ruido de un chisporroteo inesperado. Frotóse los ojos y se puso de pié, sintiendo intenso calor: la selva estaba ardiendo.—¡Fuego! ¡Fuego! gritó á sus compañeros.—¿Qué es eso? preguntó Samuel. En aquel momento se oyeron terribles aullidos que salian del incendiado follage.—¡Hazañas de los salvajes! esclamó Juan.

Un círculo de fuego rodeaba al *Victoria*; el incendio se reflejaba en las nubes, y los viajeros se creyeron envueltos en una esfera de fuego. Fergusson con mano firme cortó de un hachazo la cuerda del ancla, cuando las llamas querian rodear el globo; pero éste, libre de sujecion, subió mas de mil piés en los aires.

Gritos horribles resonaron entonces en la selva con violentas detonaciones de armas de fuego. El globo aprovechó una corriente que se levantaba con el dia, y se dirigió hácia el Oeste; pero los salvajes emprendieron tambien la marcha en la misma direccion, haciendo al *Victoria* frecuentes disparos.

Samuel arrojó el calorífero, la pila de Bunzen y otros accesorios, aligerando al *Victoria* de mas de novecientas libras de peso; con este alivio pudo trasponer un elevado monte, que sirvió de barrera entre los viajeros y sus perseguidores; pero estos no renunciaban á su empeño y emprendieron la marcha rodeando el monte para salirles al encuentro. Habian observado la decadencia del globo y lo tenian por segura presa; sin embargo, con aquel rodeo adelantaban nuestros amigos mas de tres horas.

Al franquear la colina, y á dos millas delante de ellos, aparecia el rio Senegal presentando una gran estension de masa líquida.

A pié hubieran llegado antes que los árabes les alcanzasen; pero no teniendo barca era preciso trasponerlo en globo; mas las fuerzas de éste iban tan á menos, que á cien pasos de la orilla y despues de tocar varias veces en tierra, como una inmensa pelota de goma, quedó cogido por la parte superior de la red á las ramas de un boabal.—¡Maldicion! dijo Kennedy.—¡Todo ha concluido! añadió Juan.—No tanto, amigos mios, replicó el doctor; juntad mas de cien libras de las yerbas secas que abundan en esta pradera, mientras preparo al globo para otro procedimiento.

Juan y Kennedy obedecieron al punto, mientras que Samuel cortó las cuerdas que sujetaban la barquilla, agrandó el orificio del globo, dió salida al hidrógeno y en seguida colocó cierta cantidad de yerba bajo el agujero y la prendió fuego. Poco tiempo se necesita para henchir un globo con aire caliente; un calor de cien grados basta para reducir á la mitad el peso del aire que encierra; así es que el *Victoria* empezó á tomar su forma redonda, y como no escaseaba la yerba, el globo engrosaba sensiblemente.

Entonces, dos millas al Norte apareció la banda de árabes, oyéndose sus gritos y el galope de los caballos lanzados á toda brida.—Dentro de veinte minutos estarán aquí, ¡yerba, yerba, Juan! antes que nos alcancen, dijo el doctor. Al cabo de diez minutos, algunas sacudidas del globo indicaron su tendencia á elevarse: los árabes distaban quinientos pasos.—Agarraos á las mallas de la red, ¡firmes! gritó Samuel, mientras que amontonaba con el pié gran cantidad de yerba.

El globo, completamente dilatado por el aumento de temperatura, ascendió rozando las ramas del boabal. Gritos de rabia lanzaron los salvajes á la fuga del

Victoria, que subió á mas de ochocientos piés; rápido viento le cogió entonces mientras el doctor y sus compañeros contemplaban el abismo de las cataratas del Gouina abierto bajo sus piés.

Diez minutos despues, sin haber cambiado una palabra, descendian poco á poco en la otra ribera del rio. Allí habia un grupo compuesto de una docena de hombres que llevaban el uniforme francés. ¡Júzguese de su asombro cuando vieron elevarse aquel globo desde la ribera del rio! Poco les faltó para creer o un milagro. Pero el jefe, teniente de marina, conocia por los periódicos de Europa la audaz tentativa del doctor Fergusson, y comprendió desde luego la causa de aquel fenómeno.

El globo se vaciaba poco á poco, cayendo con los intrépidos aeronautas cogidos á la red; los franceses temieron no llegase á tierra, por lo que se precipitaron al rio en una barca, recibiendo á los ingleses en los brazos.—¿El doctor Fergusson? exclamó el teniente.—El mismo, y sus dos amigos, respondió tranquilamente el doctor.

Todos se dirigieron á la orilla, mientras que la corriente arrastraba al *Victoria* medio deshenchido, llevándole á sepultarle con las aguas del Senegal en las cataratas del Gouina.—¡Pobre *Victoria*! exclamó Juan.

El doctor no pudo contener una lágrima; abrió los brazos, y sus dos amigos se precipitaron en ellos dominados por grande emocion.

Los ingleses fueron conducidos al campamento francés, donde se les trató con gran miramiento. Allí se redactó el testimonio siguiente:

«*Los infrascritos declaramos, que en el dia de la fecha, hemos visto llegar suspendidos á la red de un globo al doctor Fergusson y á sus dos compañeros Ricardo Kennedy y Juan Wilson. El globo ha caido en el lecho del rio desapareciendo en las cataratas del Gouina. En fé de lo cual firmamos este testimonio con los interesados. Cataratas del Gouina á 24 de Mayo de* 1862.—Samuel Fergusson.—Ricardo Kennedy.—Juan Wilson.—Dufraise, teniente de infantería de marina.—Rodamel, alférez de navío.—Dufays, sargento.—Felipeau, Mayor.—Pellisier, Lorois, Rasagnet, Guillon, Lebel, soldados.»

Catorce dias despues llegaron á San Luis, donde les recibió el gobernador espléndidamente: los viajeros estaban repuestos de sus emociones y fatigas.

Una fragata inglesa aparejaba para partir; los tres viajeros tomaron pasaje en ella, y el 25 de Junio llegaban á Portsmouth y al dia siguiente a Lóndres.

Nada diremos de la recepcion que tuvieron en la Sociedad Geográfica, ni de las felicitaciones que recibieron, además de la medalla de oro destinada á recompensar la exploracion mas notable del año 1862.

Todos los periódicos de Europa publicaron elogios á los audaces exploradores y el *Daily Telegraph*, tiró trescientos setenta y siete mil numeros el dia en que publicó el estracto del viaje.

Kennedy partió para Edimburgo, porque tenia prisa por tranquilizar á su ama de llaves.

El doctor Fergusson y su fiel Juan permanecieron como siempre, aunque en vez de amo y criado, ahora eran dos amigos.

FIN.